

El ángel confiaba.
El demonio, aprovechándose de esa confianza, le conducía a la ruina.

CAPITULO X

Una buena madre

—¿Qué tienes, hijo mío? ¿Qué tienes, querido Leopoldo? —decía una anciana, acercándose cariñosa al joven pintor que se encontraba en su estudio con la cabeza inclinada sobre el pecho, sentado junto a una mesa llena de bocetos y pinceles, y meditabundo.

—¡Nada, madre mía, nada! —exclamó con melancólico acento el artista, besando con respeto y ternura la mano de aquella excelente mujer que mostraba en su semblante el interés más intenso.

—¡Nada! ¡Dios lo quiera! Pero hace muchos días que no coges tus pinceles..., que tienes abandonado el cuadro de «La Adoración de los Magos», obra de tu predilecto modelo Pablo Veronés.

—¿Y cómo quiere usted que mi mano se ocupe en trazar las bellezas de esa obra, cuando mi corazón está abatido, triste y sobresaltado? En vano hago esfuerzos inauditos para ocuparme de ese divino arte que ha formado las delicias de mi vida, los ensueños de mi juventud. Entre el lienzo y mis pinceles se interpone constantemente la imagen hechicera y melancólica de la mujer que adoro, sonriendo tristemente como el ángel de la ausencia que viene a dar el triste adiós de despedida.

—¿De despedida, Leopoldo?

—¡Sí..., madre mía! ¡Clotilde no puede vivir ya por mucho tiempo! ¡El fuego del amor contrariado, ha debilitado su existencia, que se evapora como el aroma de las flores, sacudidas por el astro abrasador! ¡Ya no hay esperanza! ¡Su salud ha ido empeorándose cada día, cada hora, cada instante, y cuantos la ven y la asisten están persuadidos de que va a morir! ¡Morir ella! ¡ella que es la vida de mi vida...! ¡el alma de mi alma...! ¡el sostén de mis ilusiones, de mi esperanza! ¡Morir ella que no ha vivido aún, porque la vida es el amor..., la posesión del objeto amado! ¡Dios mío, Dios mío! ¿Para qué quiero vivir si ella muere? ¿Qué me queda en el mundo si ella desaparece de él? ¡Ah!

Si ella muere, yo moriré también; sí, yo moriré de pena, de dolor y de aflicción.

—¿Y qué será de esta pobre anciana, si tú mueres, hijo mío? —dijo conmovida y triste la afligida madre del artista—. ¡Dices que nada te queda sobre la tierra si ella muere! ¡Y yo, que te quiero tanto..., que daría la vida por ti, nada soy!

—¡Ah! ¡Perdóneme usted, madre mía! —exclamó Leopoldo levantándose y abrazando tiernamente a la anciana—. ¡El dolor ha trastornado mi razón! ¡Sí; procuraré vivir para usted..., para usted sola, que es la más buena de las madres! No soy un hijo ingrato y desnaturalizado, rebelde a los tiernos sentimientos de la naturaleza. No, madre mía... Yo viviré para cuidar de usted..., para consolarla..., para hablar a todas horas de las virtudes de Clotilde, de su amor, de sus desgracias... y ella desde el cielo nos contemplará a entrambos, y sonreirá de placer y de alegría, y bendecirá mis cuidados, mi cariño hacia usted.

—Sí, Leopoldo, sí: las almas de los seres que nos han amado en la tierra, se regocijan de las nobles acciones del ser que amaron, y sienten aumentarse los grados de su felicidad eterna, al contemplarlas desde el cielo.

—Sí, sí; es cierto. Yo procuraré vivir para pensar en usted y en ella... Su hechicera y celestial imagen, fija siempre en mi fantasía, la reproduciré en todos los cuadros de mis vírgenes y mis santas, como lo hacía el divino Rafael con la imagen de su amada, y las lágrimas arrancadas por mis amorosos recuerdos dulcificarán la grata pena de mi corazón.

—Pero no pensemos en la muerte de Clotilde, sino en la felicidad de que algún día debemos esperar para disfrutarla a su lado.

—¡Felicidad para mí! —dijo tristemente Leopoldo.

—Cierto que sí. ¿No salvaste la vida de don Emilio, de Inés y de Clotilde, exponiendo la tuya, al detener el coche que se hubiera estrellado contra el Portal de Mercaderes?

—¡Ah!, sí. El cielo dispuso que yo pasase en aquel momento, para que no pereziese el ser cuya muerte me hubiera costado la existencia.

—¿No te dijo el señor Landeta que anhelaba que se probase la inocencia de tu honrado padre, para unirte a Clotilde, de quien te juzga digno?

—Sí, madre mía.

—¿Por qué, pues, no esperar en la felicidad?

—Porque...

Leopoldo iba a expresar sus razones, pero se detuvo.

—¿Por qué recelas confiarme tus secretos? Vamos, habla; ¿cuáles son?

—Si usted hubiese visto a Clotilde como yo, en este instante, pálida, triste, revelando en su rostro la terrible enfermedad que la destruye y la mata, participaría usted, como yo, de la dolorosa convicción de que no debo esperar ya ventura ninguna sobre la tierra, porque Clotilde está próxima a abandonarla.

—Pues yo creo que aun es tiempo de salvarla.

—¿Sí?

—Tal es mi parecer.

—¿Cómo?

—Las enfermedades del corazón se alivian fácilmente.

—Sí; cuando a ese corazón se le vuelve el consuelo y se le permite alimentarse con la esperanza de alcanzar el bien que anhela ardientemente.

—¿Y crees tú que don Emilio, que te dirigió consoladoras palabras para sostener la tuya, deje de animar esa misma esperanza en su amada protegida?

—Esa consideración suele venir a calmar mi honda pena cuando me detengo en ella.

—Y es la que debes no abandonar jamás.

—Lo conozco; pero me alarma el estado de postración y desaliento en que se encuentra Clotilde.

—Ese estado de postración y de desaliento cederá bien pronto su lugar al de la alegría, la animación y la ventura.

—¡Dios lo quiera, madre mía!

—Y lo querrá.

—¿Lo cree usted así?

—Lo creo, porque tengo fe en la justicia divina.

—Nunca he desconfiado de ella.

—Pues entonces...

—Pero esa justicia puede estar reservada para la otra vida y haber dispuesto mi desgracia en este mundo.

—No, ella premiará, y muy pronto, tu constancia y tus padecimientos, haciendo que resplandezca sin mancha tu apellido y devolviendo la salud a la hermosa Clotilde.

—¡Oh!, la fe de usted, madre mía, reanima mi abatido espíritu.

Unos golpes dados a la puerta del estudio, interrumpió aquel diálogo.

—Han llamado, hijo mío, y voy a dejarte solo—dijo la bondadosa anciana alargando la mano para despedirse.

—No sé quién puede ser; pues a nadie esperaba a esta hora.

—Será alguno que viene a que le hagas algún cuadro. Adiós.

—Adiós, madre, madre mía—dijo Leopoldo levantándose, y acompañando a su cariñosa madre hasta la puerta que comunicaba con las piezas interiores. Allí le besó respetuosamente la mano. La anciana se alejó enviándole una mirada de ternura, y al quedarse solo, marchó a abrir la puerta a la persona que llamaba.

CAPITULO XI

Un retrato

Leopoldo, al abrir la puerta se encontró con un caballero de avanzada edad, pero de fino porte y de elegantes maneras, que vestía de riguroso luto.

—¿Tengo la honra —dijo con agradable acento— de hablar con don Leopoldo Cabrera?

—La honra es para mí, que tengo el gusto de ponerme a las órdenes de usted.

—Mil gracias—contestó el caballero pasando adentro a una invitación de Leopoldo.

—Tenga usted la bondad de tomar asiento —dijo el joven artista presentándole una silla—, y dígnese usted decirme en qué puedo servirle.

—En admitir la reparación de una falta cometida involuntariamente contra un hombre que fué modelo de honradez y de virtud.

—Tendré sumo placer en escuchar a usted.

—¿Ha oído usted hablar de don Manuel Turón, comerciante de Guadalajara?

—Muchas veces: a él se presentó, hace algunos años, un hombre que, falsificando la firma de mi honrado padre, cobró varias libranzas que se suponían giradas por don Emilio Landeta.

—Es verdad.

—Fué una infamia que comprometió el honor del sér que me dió la vida, que sumió en la más espantosa miseria a toda la familia, que condujo al sepulcro a mi honrado padre, y que colocó un terrible valladar entre la joven que amo yo.

—Su padre de usted, para no perjudicar al comerciante que había hecho el pago, se despojó de cuanto tenía, que-

riendo con su pobreza desmentir a los que le creyeron complicado en aquella estafa.

—Es cierto; pero ni aun así logró su noble intento. Los que tenían empeño en deshonrar su nombre, no vacilaron en afirmar que la oferta la hizo creyendo que no sería admitida.

—Se equivocan; porque me consta que fué hecha con la mejor buena fe y que sólo su empeño decidió al comerciante de Guadalajara a admitir un sacrificio.

—¡Ah! ¿Lo sabe usted?

—Sin duda, lo sé, como supe después su inocencia; como lo sabrán dentro de poco todos los que dudaban de ella.

—¡Será posible! ¡Ah! Esa sería una felicidad que apreciaría más que todos los tesoros de la tierra... Sí, ver desaparecer la mancha que la calumnia echó sobre el limpio apellido que llevo, es para mí de más precio que la vida y que el oro que encierra la tierra en sus entrañas. Entonces se me abrirían las puertas en que habita el ángel que idolatro, y podría decirle antes de que expirase: ¡soy digno de tu amor!

—Y esas puertas se abrirán bien pronto, porque cerca está el día en que se le arranque la careta al infame que tomó su nombre para envilecerle y arruinarle.

—¡Cómo! ¿Sabe usted dónde está? ¿Le conoce usted?

—Sí; el cielo ha permitido que le descubra.

—¡Oh!, su nombre, su nombre, por Dios, para que vaya a vengar la ofensa hecha a mi adorado padre.

—Es conveniente que lo ignore usted por ahora.

—¡Ignorarlo! ¿Y por qué?

—Porque es preciso disimular para no espantar la caza; y el corazón herido difícilmente podría ocultar su dolor.

—¿Y no sería más acertado arrojarse a ella antes de que recelase que se trataba de cogerla?

—No; porque sería comprometer la vida de un hombre que gime cautivo, y la felicidad de una mujer.

Leopoldo quedó sorprendido.

Era la primera vez que le daba razón del infame que tomó el apellido de su padre y suplantó su firma para arruinarle.

Cierto es que su amigo Núñez le había asegurado que pronto le encontraría; pero nunca quiso confiarle el secreto, temiendo que, al revelarle que era Duval, no tuviese la calma y sangre fría necesaria para esperar tranquilo el resultado que se había propuesto.

—¡La vida de un hombre y la felicidad de una mujer!

—exclamó Leopoldo admirado—. ¿Luego ese malvado tiene otros crímenes que lamenta la sociedad?

—Sí; y crímenes que horrorizan.

—Bien; entonces conviene que no sepa su nombre, porque no respondería de mi prudencia al encontrarle. Pero ¿quién es usted que se digna traer la dicha y el consuelo al desgraciado que había renunciado hasta a la esperanza de la felicidad?

—Soy el mismo comerciante que se vió obligado a recibir la suma de que su padre de usted se despojara.

—¿Don Manuel Turón?

—El mismo, que viene a devolver al honrado hijo de Cabrera los bienes de que su virtuoso padre le privó; el que, conociendo la inocencia de aquella víctima, se ha presentado al padre de la hermosa Clotilde, para allanar el único obstáculo que se oponía a la unión de dos jóvenes que el cielo ha destinado el uno para el otro.

—¡Ah! ¿Pero don Emilio es inexorable?

—Todo lo contrario: en las varias entrevistas que con él he tenido, he logrado convencerle de la inocencia del padre de usted, ocultándole como a usted, para evitar nuevos males, el nombre del malvado que suplantó su firma, y hace un instante me ha comisionado él mismo para que venga a decir a usted, que la mano de Clotilde es suya; que desde ahora mismo puede usted ir a verla..., a salvarla del sepulcro...

—¿Será posible?

—No hay duda.

—¿Consiente en mi unión con la mujer que adoro?

—Es hoy su mayor anhelo.

Leopoldo creyó estar soñando. Le parecía que todo cuanto escuchaba era un delicioso delirio de su fantasía.

—¡Ah! ¡Yo me vuelvo loco de alegría! —exclamó levantándose y fijando los ojos irradiando de placer en don Manuel—. ¿No se ha engañado usted...? ¿No habrá usted oído mal las palabras de Landeta?

—Las he oído perfectamente.

—¡Oh! ¡El corazón de mi adorada madre no se engañaba! ¡Su ardiente fe ha traído sobre mí la felicidad! Hace un instante me aseguraba que Dios se compadecería de mis desgracias y mis penas, y el cielo ha venido a colmarme de ventura.

—Es que vuestra madre es la virtud personificada, y la virtud siempre confía en el recto Juez que no puede de-

jar sin premio al hombre honrado, ni sin castigo al criminal.

—Sí; es cierto.

—¿Y usted había perdido la fe?

—Al menos veía expirante mi esperanza, por lo mismo no estaba preparado mi corazón para tanta ventura como me inunda en este instante.

—No será menor la de la hermosa Clotilde cuando vea a usted llegar a su lado.

—¿Y dice usted que puedo presentarme en su casa ahora mismo?

—Se le espera a usted con la mayor impaciencia, y si quiere usted honrarme con su compañía, iremos juntos.

—La honra es para mí, señor Turón, y admito el favor de usted con toda la gratitud de mi alma.

—Mil gracias.

—Pero es preciso que me mude de traje; estaba pintando, y los artistas nos presentamos en nuestro estudio con bastante descuido en la ropa.

—Como requiere el arte.

—Por eso temo hacerlos esperar.

—De ninguna manera: puede usted entrar a vestirse, que aquí espero entretenido en ver las magníficas pinturas que abundan en esta pieza.

—¡Ah!, gracias: voy, pues, a vestirme, y a dar a mi querida madre la feliz nueva de que usted ha sido mensajero.

Y el dichoso artista, henchido de contento y de ventura, y conociendo cuán grato le sería a su anciana madre saber que iba a desaparecer la mancha arrojada por la calumnia sobre el honor de su esposo, entró presurosamente a verla, a contarle todo lo que acababa de referirle don Manuel, y a vestirse para partir inmediatamente con éste, para ver a la mujer que idolatraba.

Hay seres que, dotados de un alma sensitiva y privilegiada, se elevan con el fuego del amor sobre el nivel de la mayoría de los amantes, como se remonta el águila caudal hasta la esfera del sol por encima de las demás aves; seres que han nacido para sentir, para vindicar a la especie humana de la nota de egoísta, insensible y cruel, con que la acusan los desgraciados; seres para quienes la vida es la tierna pasión y el amoroso sentimiento; que necesitan del amor, como las flores del benéfico rocío, el mundo de la luz, y las plantas, de los rayos solares; seres que encuentran sus aspiraciones, sus deseos, sus esperanzas, sus ilusiones y su existencia entera en un dulcísimo objeto que

divinizan, a quien rodean de miríficos hechizos, de seductoras formas y de atractivos celestiales.

Mientras el joven pintor, dominado por sus profundas y gratas sensaciones se vestía elegantemente y contaba a su adorada madre la grata nueva que acababa de recibir, el anciano don Manuel se ocupaba en admirar los bellos cuadros de estudio de Leopoldo.

De repente sus ojos tropezaron con un retrato de mujer, colocado en un caballete que se hallaba como arrinconado en un ángulo del estudio.

Aquel retrato estaba aún sin concluir, pero había tal perfección artística en él, que en el instante revelaba que había sido trazado por una mano maestra.

Don Manuel se quedó mirándolo lleno de asombro.

Pero al parecer, lo que llamaba su atención, no era el mérito de la pintura, sino la hermosura de la persona que representaba.

Aun no acababa de examinarlo detenidamente ni de volver de la sorpresa que se había retratado en su semblante a la vista de aquel cuadro, cuando se presentó Leopoldo elegantemente vestido.

Don Manuel, al verle entrar, corrió a él, le agarró del brazo, y conduciéndole frente al lienzo, le preguntó con la más viva ansiedad:

—¿Cómo se halla aquí este retrato?

—Porque lo empezó a pintar un desgraciado amigo mío.

—¿Un amigo de usted?

—Sin duda.

—¿Y no lo ha acabado?

—Ni lo acabará nunca; ya hace tiempo que está allí abandonado.

—¿Pero usted sabe de quién es ese retrato?

—Es el de una joven a quien se debía unir el hombre que lo ha pintado.

—¿Y sabe usted cómo se llama esa joven?

—Adela.

—¡Adela!

—¿La conoce usted?

—¡Es la misma, no hay duda!

—No comprendo.

—¿Y dónde se halla?

—Se ignora.

—¿Cómo!

—Es un retrato traslado de la fantasía al lienzo, como

he trasladado yo mil veces la imagen de mi adorada Clotilde.

—¿Es decir, que nunca ha venido a este estudio?

—Nunca.

—¿Pero sabe usted de su historia?

—Muy poco.

—¡Ah!, entonces tal vez me podrá usted decir lo que anhelo.

—Lo deseo ardientemente.

—¿No es hija única de una familia que vivió en la calle S...?

—Sí, señor.

—¿Que desapareció la noche víspera del día en que debió unirse al hombre que la amaba?

—Precisamente.

—¡Oh!, el cielo ha guiado mis pasos.

—Pero le veo a usted muy agitado, muy conmovido.

—Sí; ha sido un encuentro feliz que no me esperaba.

—¿Conoce usted acaso a la joven?

—No; pero fui amigo íntimo de su buen padre, que me dejó al morir el encargo de indagar su paradero, para que recibiese en herencia los cuantiosos bienes que tenía.

—¡Cielos! Usted es el ángel de la bienaventuranza, que Dios envía a los desgraciados para consolarlos.

—Y su amante, ¿nunca hizo nada para encontrarla?

—El infeliz no ha perdonado medio alguno; pero todo ha sido inútil. ¡Nadie sabe su paradero!

—Yo también la he buscado por dondequiera que he ido; provisto de un retrato en miniatura que me entregó su padre al expirar, y por el cual conocí éste al instante que fijé en él los ojos; a todo el mundo he preguntado por ella, y nadie ha sabido darme razón de la desgraciada joven. Pero yo la buscaré, la solicitaré si es preciso, por medio de los periódicos, ofreciendo una buena gratificación a la persona que revele dónde se halla, y acaso lograré cumplir con el deseo de mi difunto y leal amigo.

—¡Ah!, sí... Es imposible que Dios deje de premiar la virtud perseguida y la amistad benéfica.

—Así lo espero, don Leopoldo. ¡Tal vez la infeliz gemirá en la miseria, confundida entre la hez del pueblo, viviendo en un miserable cuarto húmedo y oscuro!

—Sería una desgracia.

—Pero yo me olvidé, al hablar de ella, de otra joven que espera a usted impaciente en este instante, y a la cual va usted a llevar la felicidad.

—Sí, sí, partamos; pero cuente usted siempre, don Manuel, conmigo, para buscar a la desventurada Adela, cuya suerte está usted encargado de mejorar.

—Acepto su proposición, y espero en la Justicia divina que logremos encontrarla.

Y don Manuel y Leopoldo, el primero, conmovido con el encuentro del retrato, y el segundo henchido de placer por la ventura que le esperaba, salieron de la casa, y se dirigieron hacia la de la hermosa Clotilde.

CAPITULO XII

Desahuciada

Don Emilio esperaba impaciente la llegada de Leopoldo. Veía morir a su idolatrada protegida de amor, y temía que expirase antes de que aquél llegase.

La joven estaba desahuciada, y todos creían que su existencia no se podría prolongar por muchos días.

Inés, inconsolable, triste y obsequiosa, se encontraba junto al lecho de la amorosa Clotilde, observando cuidadosa las menores alteraciones que se operaban en el rostro de la enferma, y procurando con sus palabras de consuelo neutralizar sus penas y retenerla en el mundo.

Don Emilio, sentado en el extremo de la alcoba de la paciente, y fijos los ojos en su pálido semblante, la contemplaba en silencio, con ese dolor reconcentrado que desgarró el corazón, con ese profundo sentimiento que se revela en la mirada triste y melancólica del que ve desaparecer cuanto ama sobre la tierra.

El cuarto estaba envuelto en una media luz, suave y apacible, producida por las flotantes cortinas de exquisita gasa que velaban, extendidas, las puertas vidrieras de la callada alcoba.

Clotilde, reclinada en unos blandos almohadones, pálida como la blanca flor, herida por los tenues rayos de la plateada luna, cubiertos sus redondos hombros y su turgente seno con un elegante y finísimo caracol de muselina blanca, cuyas anchas y transparentes mangas dejaban adivinar un brazo redondo y alabastrino, digno compañero de una mano más suave y cándida que el rayo de la aurora; recogido su abundante pelo en una redecilla negra de primorosa hechura, símbolo del dolor y de la tristeza de su alma; dejando ver en su frente virginal los dulces pensa-